

En otro lado

Martha Reyes

Premios DEMAC Suiza 2008



México, 2010

Primera edición, enero de 2010

El amor está en la página 52, Franziska Surber
En otro lado, Martha Reyes

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2010, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN XXX-XXX-XXXX-XX-X

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

EN OTRO LADO

Martha Reyes

Presentación	149
Amor a la europea.	166
Ellos las prefieren...	169
¿Dónde me consigo una como ésa?	170
Negra consentida	173
Se solicita...	175
Conocí lo peor, vengo por lo mejor...	180
¡Nos equivocamos de país!	182
Ellas bailan solas	183

El Lugar

Centro, eje, razón, el porqué de vivir

¿Dónde está?

Es quimera infinita

Producto de la imaginación

Añoranza de lo inexistente

Búsqueda interminable

Pálida luz desvanecida al sol

Pérdida de lo que nunca se tuvo

Tierra, sangre, canción ahogada en llanto

Y desesperación. Duele...

No es visible pero se siente

Hoyo negro inexpugnable

Asfixia al aire libre

Bocanada de lujo, paz y seguridad

Agobio del no desear pero seguir queriendo,

Ven a abrigarme el corazón...

PRESENTACIÓN

Mi historia de migración es una más entre las millones que podemos contar los que formamos parte de la tercera nación más poblada del mundo. La que tiene todos los colores de piel, religiones, idiomas, culturas, raíces y desarraigados. La que está en todos los territorios del planeta: la Nación de los Migrantes. Esa tercera nación es rica al menos en historias que contar y la mía se entrelaza inextricablemente con otras.

Salir de México no era una de mis prioridades. Es más, no estaba ni remotamente contemplado. Estar atenta, curiosa y abierta a otras culturas sí era vital en mi gran ciudad. Daba lo mismo verlas llegar a casa en los numerosos eventos culturales que vuelven tan disfrutable vivir en la ciudad de la nube gris, que tener la oportunidad de visitarlas en su lugar de origen, pero todas las veces con la certeza de retornar a casa más temprano que tarde.

Siempre me causó una gran admiración aquel tercio de nuestro país que huía de la desesperanza a buscar mejor vida en los Estados Unidos. Un pensamiento me invadía: cuán desesperada debía ser su situación para que no les importara arriesgarlo todo, incluida la vida, con tal de intentar un cambio. Invariablemente, su valor me colocaba en el lado opuesto de la balanza: los emigrantes valerosos y arrojados, por un lado, y la cobarde que jamás contempló la posibilidad de correr una aventura tan arriesgada.

¿Que cómo llegué aquí? Llegué guiada por el amor a mis seres queridos más cercanos, en busca de una vida estable, segura e inalcanzable en mi urbe de más de veinte millones de habitantes y con un número triplicado de problemas de toda índole. Siguiendo los impulsos de mi corazón y sofocando los temores de mi mente.

Fui educada por el medio para estar alerta al peligro y a los cambios de un país cuya mística de vida llega a veces hasta tener que matar o morir para sobrevivir. Si la vida es en sí misma una lucha constante con más sinsabores que goces, agréguese la adrenalina del “Lugar del Ombligo de la Luna”, donde corre por sus arterias y al mismo tiempo causa adicción y lastima a quienes caemos subyugados por su encanto.

Dicen que hay un temperamento inherente a cada cultura. Creo que a los mexicanos se nos puede adjudicar el distintivo de “la pasión” sin cortapisas. Lloramos sin consuelo y reímos sin parar con la misma intensidad y a veces en las mismas ocasiones. Somos seres de gran viveza emocional y con un orgullo que llega a lindar con el nacionalismo exacerbado.

Así me lo hizo entrever una traductora suiza en el primer contacto que tuvimos, a las pocas semanas de haber llegado. Hacía la traducción de un documento oficial del alemán al español y me pidió que lo revisara antes de finalizarlo, porque con otros clientes mexicanos había tenido que corregir el tono en el que se debe hablar de “nosotros”. Somos muy orgullosos de nuestra cultura, nuestra identidad y tenemos muy arraigados nuestros valores, según ella y otros europeos que he conocido recientemente.

LA EMIGRACIÓN

La conmoción de emigrar se vuelve tangible en cuanto nos enfrentamos a las diferencias de idioma, o más bien dicho, de los idiomas y dialectos de este país. Nos convertimos automáticamente en analfabetas o al menos en discapacitados. Debemos volver a aprender las habilidades sociales, porque las que traíamos entran en estado de latencia y poca o ninguna utilidad tienen ante el nuevo reto de adaptarse a una sociedad muy diferente.

Lo cronométrico del sistema de transporte público, seguros hasta para tu vestido favorito, saber que tienen detectado dónde vives, a qué

te dedicas, de dónde vienes, si has cometido un delito, etc., son cuestiones que al principio me provocaban escalofríos, ya que en nuestra ciudad anterior vivíamos amparados –y desamparados– por el anonimato. Aquí no importaba quién eras, qué hacías o qué historia de logros y fracasos te hubiera enriquecido. Emigrar es como volver a nacer, partir de cero, comenzar de nuevo y confrontarse con nuestro ser desnudo y desvalido. Se requiere un camuflaje para engancharse a una nueva vida en condiciones que disimulen las debilidades.

Emigrar supone también tener valor para enfrentar nuestra aguda autocrítica ¿Cómo? Cuando revisamos: qué he hecho... qué he sido... En fin, ahora ya no soy y no importa lo que he sido. Nosotros, animales de la selva de asfalto, con habilidades sociales inherentes o adquiridas con las que siempre pudimos manejar, saltar, negociar o manipular situaciones, ahora no sabemos hacer nada en las nuevas circunstancias.

A Zurich le llaman también “el estómago del capital”. Es casa de enormes fortunas, tanto bien como mal habidas. Es un centro cosmopolita donde hay inmigrantes de 130 países, principalmente la ex Yugoslavia y Turquía. La mayor población proveniente de América Latina es la brasileña.

Los mexicanos seremos alrededor de mil familias; buena parte, parejas binacionales y en menor grado compatriotas que están en tránsito por trabajo o estudios.

VIVIR EN ZURICH

En nuestro primer departamento solíamos sentarnos en el balcón del tercer piso. Ahí, con globo terráqueo en mano, mis hijos y yo apostábamos de dónde vendría la gente que circulaba por las calles de ese barrio populoso y extrañamente vivo, considerando el estándar de la ciudad. Una cosa era clara: tomábamos las más prácticas clases de geografía y aprendimos más así que con los atlas.

En nuestro edificio teníamos un vecino que nunca creyó que allí viviera un suizo, mi esposo, porque era un lugar para inmigrantes, legales, ilegales, trabajadores, tiendas hindúes, turcas y restaurantes de cuantas procedencias pudiéramos imaginar. Era un espacio propio para traficantes de drogas y prostitutas, pero no para él, según Herr Kharaman, habitante de este barrio desde hacía quince años .

En mi país, donde lamentablemente sólo se habla el mismo y único idioma, también enfrentamos la convivencia social saltando las normas . No es que seamos delincuentes confesos, pero sí encontramos la manera de evitar pagos, impuestos, trámites, o lo que sea necesario. Siempre buscamos “llegar a un arreglo”. Es una terrible confrontación, porque Suiza es diametralmente opuesta: si debes, pagas; si usas, pagas; si se te olvidó algo, lo enfrentas; si actuaste de manera negligente, quedas en evidencia; si quieres hacerte el gracioso, te vuelves indeseable. No hay chistes frente a ninguna falta menor, aun por desconocimiento. La ley no tiene sentido del humor y quienes la aplican, menos. No hay piedra bajo la que puedas ocultarte para evitar las consecuencias.

No es que no haya corrupción, pero está subsanada por un sistema absolutamente estructurado del que no cabe evadirse, a menos que optes por ser un *freak*, un *outsider*, de los que hay muy pocos reales en esta sociedad.

Eso de pagar por tirar la basura, ¡dónde se ha visto! Qué rey de la basura ni qué nada, aquí todo funciona con la precisión de un reloj (suizo, y ensamblado aquí por supuesto). Los servicios no tienen dilación ninguna, son operados por trabajadores capacitados para el efecto, hay especialistas para todo. Nunca pasaría lo que vemos allá donde es común reparar algo averiado con un clip o una media, ¡inimaginable para un suizo común!. Curioso que los más desposeídos encuentran siempre cómo arreglárselas, si no, recuérdese la flota de Chevrolet del 56 circulando en La Habana.

Se crean fuentes de empleo en cuantas áreas se pueda uno imaginar. Un plomero se especializa en el baño o la cocina, pero no sabe o

no quiere saber de la otra especialidad. Así, una reparación tiene un precio real: el sueldo del oficinista, el operario, los extras y desde luego los impuestos. Siempre es mejor comprar algo nuevo que incluya la instalación, que reparar. Sale más caro el caldo que las albóndigas. ¡Caray, cómo hemos cambiado!

EL CLIMA

Tema aparte es el clima. En nuestra ciudad de la nube gris gozamos de un clima regulado por la altura, el sol y la contaminación: todos inamovibles. En Suiza, el clima es el factor determinante del carácter de sus habitantes en cada región.

La geografía montañosa, abundante en ríos y lagos, cautiva a primera vista. Una anécdota curiosa dice que alguna vez, en visita de negocios, un potentado petrolero árabe, admirado por la belleza del paisaje alpino comentó que con gusto cambiaría algunos de sus pozos petroleros por un río y un lago de Suiza.

Llegamos a Zurich en un verano pocos años atrás. Dicen los que saben que fue uno de los veranos más intensos de mucho tiempo. Mis hijos apenas podían creer los 35 grados centígrados que nos recibieron. Llegar a los balnearios abiertos a la orilla del río o del lago fue todo un descubrimiento. ¡Cuánta vida! Más allá de las topless y los nudistas, nos impresionó el clima, ¡mejor que Cancún!

Todos sonreían a todos. Entre tragos y parrilladas encontré algunos que se desinhibían riendo a carcajadas. Por supuesto que me sentí como en casa. La sorpresa viene cuando se oculta el sol y lentamente llega el hermoso otoño de hojas multicolores. Las risotadas desaparecen y las sonrisas comienzan a escasear. Para invierno, ni se diga. Tarda uno para encontrarle la cara a alguien en la calle. Si por mala suerte es un desconocido, evita de manera huraña tu mirada. Los gestos se vuelven duros y la convivencia más.

Por eso tengo la impresión de que la gente cambia según el clima. En México no se percibe ese efecto. Para mí cada estación es disfrutable, excepto cuando el sol tarda días en mostrarse. En mi tierra siempre me parecía más sonriente. En Zurich se confunden la corta y a veces inexistente primavera con el fugaz verano, y el otoño se percibe brevemente empinado con un contundente y extendido invierno. Así, las personas reaccionamos a la falta de luz natural cambiando continuamente el humor; ni la fototerapia te salva.

VALORES Y TRABAJO

La Suiza alemana es muy diferente de las otras regiones. Es muestra de fortaleza económica y disciplina de hierro, ahí se honra la palabra empeñada como en otras épocas.

Mi esposo me ha dicho siempre que el punto medio entre la viveza del mexicano y la constancia del suizo sería una mezcla perfecta: los mexicanos somos creativos, alegres y trabajadores, mientras los suizos son puntuales, constantes y honrados. La mezcla de esos valores sería interesante.

Un alcalde de Zurich describió así alguna vez a sus paisanos así: “Son amables, cooperativos, les gusta hablar muchas lenguas, son buenos para los negocios y la mejor de sus virtudes es la puntualidad”. Nada que ver con el *mexican time* característico de nuestro país. Llegar tarde aquí es la primera y última impresión que dejas en un suizo estricto. sencillamente, es imperdonable. Al principio, me pareció que la extrema puntualidad era un acto de intolerancia inconcebible, pero cuando me tocó esperar a una amiga latina cerca de quince minutos en la calle, a 10 grados bajo cero, lo entendí. Me volví más puntual y menos tolerante.

El ingenio del mexicano no pasa desapercibido en esta sociedad, pero el derroche de simpatía se queda corto si no se juega con las mismas cartas de esta sociedad: seriedad, confianza, responsabilidad y formalidad. Por ejemplo, hechos como la devolución de un sueldo

mensual extraviado en el tren no figura ni en la más febril de las utopías mexicanas. Aquí es normal devolver lo que no nos pertenece sin siquiera pensarlo.

Las llaves de entrada a cada casa tienen un número de control y cuando alguien las extravía, tiene que informar a la policía para obtener un duplicado. Más de una vez perdimos las llaves y, siempre con satisfacción, comprobamos y agradecemos la honradez de quienes nos las devolvieron.

Honrar la palabra empeñada es algo que en México quedó en el pasado y Suiza es letra viva de pequeños y grandes acuerdos. Por ejemplo, se considera acto jurídico válido un contrato de palabra entre negociantes. No es necesario ponerlo por escrito, porque cuando alguien se compromete a realizar algo, es sujeto de confianza hasta que demuestre lo contrario. No me ha tocado ver que alguien se enmiende y recupere la confianza por haber traicionado su palabra.

Dicen que la Suiza francesa tiene el mayor número de inmigrantes latinos, comprensible si pensamos en que el clima, la comida y el idioma son más parecidos. En la parte italiana es donde hay menos inmigrantes. ¿Por qué hay tantos inmigrantes en la zona alemana? El norte es industrioso y protestante. Pese a que el clima y el idioma ponen a prueba hasta al más valiente, no falta trabajo si se busca. Las ciudades al norte del país tienden al conservadurismo, mientras que las zonas francesa e italiana parecen más progresistas y, por tanto, su economía es menos sólida. El trabajo está al norte y el clima y la vida disfrutable, al sur.

El carácter del suizo alemán es de disciplina férrea en todas las esferas de la vida: vestir lo que sea necesario según el clima, comer justo lo que se requiere sin caer en excesos, vivir una vida austera con la estabilidad y la seguridad como prioridades sobre todo lo demás. Ese rasgo conservador de la sociedad suiza ha sido y será garantía de permanencia de toda la Confederación, apoyada en el saldo generado por una eficiente recaudación fiscal y un gabinete anual rotativo de siete ministros, que más que ganar, invierten en su carrera política,

por lo menos al principio. Todos son miembros distinguidos de la sociedad que han logrado sobresalir en sus prósperos negocios.

TIEMPO LIBRE

Uno de los grandes y notables placeres del suizo promedio son las vacaciones, que toman religiosamente para cumplir el sacrosanto ritual de viajar a países pobres y regresar convencidos de que no hay nada mejor que su país, a pesar del clima, la rutina y el estrés que generan las exigencias de vivir en una sociedad tan estructurada.

Zurich es una ciudad cosmopolita donde las actividades artísticas y culturales son constantes y de muy buena factura, pero que sólo están al alcance de quien las pueda pagar. Hay salas para todos los usos, desde los centros comunitarios hasta el Opernhaus. La sociedad se decanta y se distingue no por gustos, sino por sectores socioeconómicos. Los jóvenes gozan de una amplia libertad y cada fin de semana es común verlos a eso de las once de la noche bebiendo como cosacos en el transporte público, lo que no es muy cultural que digamos. Por su parte, los inmigrantes tienen libertad de reunión y asociación, por lo que en guetos perfectamente delimitados llevan a cabo sus reuniones y actividades culturales, sin mezclarse con otras nacionalidades.

POLÍTICA

En las primeras menciones de Suiza, durante la época de Carlomagno, él los llama: “Un grupo de salvajes montañeses, bravos en la batalla, desconfiados y muy trabajadores”. El modelo pervive parcialmente.

El régimen político de democracia directa, con los siete ministros que se rotan cada año, facilita la alternancia en el poder y el equilibrio entre las fracciones partidistas. El sistema político permite hacer consultas ciudadanas para votar a favor o en contra de iniciativas de ley y

reglamentos de convivencia social. Las consultas pueden ser nacionales o locales, por cantones (lo que llamaríamos *estados* en México).

Cada cantón (son 26) tiene sus particularidades sociales, políticas, fiscales, educativas, ecológicas, de salud etc. El mecanismo es eficiente, eficaz y confiable. ¡Qué IFE ni qué ocho cuartos! Aquí puedes votar por correo desde casa o acudir a los centros de votación el día señalado, abiertos durante dos horas.

Recientemente, se votaron a nivel nacional varias iniciativas que atañen a nosotros, los inmigrantes. Destaca una, porque deja entrever un giro hacia el conservadurismo a ultranza y comprueba un cambio radical de la tradición suiza de tender la mano a quien lo necesita. Las críticas a esta iniciativa resonaron más allá de los límites de la Confederación Helvética. Se trata de una ley que separa tajantemente la inmigración que es bienvenida de la que no. Se acabó el tiempo de los braceros italianos y más lejos quedó esa Suiza pobre que expulsó familias enteras a otras tierras para ganarse el pan.

La provincia de Misiones en Argentina y una más cerca de Sao Paulo en Brasil saben de esa historia, ya que, benévolos, acogieron inmigrantes suizos en su territorio. Tantas vueltas dan las circunstancias que ahora regresan acá los nietos de esas generaciones que encontraron casa y cobijo y tomaron esa tierra como propia hasta la muerte.

Hoy, esa inmigración producto de la exclusión económica del tercer mundo no tiene cabida aquí. Pero es bienvenida toda aquella persona que tenga garantizada la subsistencia económica y poder adquisitivo de 1 a 10 comparado con México. Quien viene a trabajar acá debe ocupar una vacante en una empresa o bien tiene que estar calificado para desempeñar labores que nadie en la Confederación es capaz de hacer. En cuanto a los estudiantes, sólo se acepta a los becados, de intercambio, de estudios superiores o que a través de convenios vienen a colegios pagados desde el extranjero.

Las parejas binacionales son también bienvenidas, especialmente las que hayan cubierto estrictamente todos los requisitos. En el caso de los suizos casados con europeas, la cosa todavía es más fácil.

El punto clave de esa iniciativa fue restringir las posibilidades de otorgamiento de asilo a solicitantes cuyas condiciones comprobadas no sean de vida o muerte, con la intención de reducir la erogación de recursos que ya impactan al Estado. Esto deja manifiesto que la tradición Suiza de apoyar humanitariamente funciona siempre y cuando no sea en su territorio.

Justificable o no, esta iniciativa fue aprobada con el agregado escandaloso que tiene un tinte xenofóbico nunca antes visto: se legisló sobre los menores infractores inmigrantes, de modo que los delitos que hayan cometido serán evaluados y pueden dar lugar, en caso extremo, a la deportación de ellos y de su familia.

Hay además una forma de migración que pone en evidencia la operación de una doble moral en el sistema: el permiso “F” concedido a “bailarinas”, que en realidad abre la puerta de par en par a la explotación sexual y el tráfico de personas.

Con esta iniciativa, la población intrínsecamente señalada como indeseable es la de la ex Yugoslavia. Los albanokosovares son un grupo inmigrante no grato al que se le cuelga el muertito de asalto o conflicto, cuando lo hay. De hecho, las nuevas reglas de convivencia social toman a este grupo como objeto de las medidas xenofobas. En general, la iniciativa se dirige a todos los que provienen de países pobres. Con los países miembros de la Unión Europea, Japón y los Estados Unidos no hay grandes cambios en la legislación. Es a los inversionistas de cualquier tipo a quienes verdaderamente se les da la bienvenida, sin reparos de procedencia ni de personas ni del tipo de recursos financieros.

EDUCACIÓN

Un derecho inalienable con sus consecuentes obligaciones es la educación realmente gratuita. Aquí, instalaciones, instrucción, libros y materiales se brindan en las aulas hasta concluir el tercer año de secundaria.

Pocas veces se debe pagar alguna cuota por un paseo o actividad extramuros. No hay cooperativas ni sociedades de padres de familia. Existe un consejo de educación por barrios que está a cargo de los propios ciudadanos. Los miembros ostentan cargos honoríficos que muchas veces significan el primer paso para quienes tienen ambiciones políticas. En efecto, nadie ve más por su comunidad que quien sufre sus problemas o disfruta sus beneficios; el que la conoce bien y que tiene que pensar en su familia cuando pondera qué pasos tiene que dar. Estas iniciativas personales forman cuadros políticos de ciudadanos en acción.

Como marca la ley (si los padres no mandan a los hijos a la escuela pueden ser multados y en casos extremos se les retira la tutela), mis hijos acudieron a la escuela más cercana a nuestro domicilio una vez que nos dimos de alta en la oficina de policía de migración del barrio, cosa que es obligatoria. Cuánto pensamiento paranoico llegó a mi cabeza. ¡Cuándo avisamos a la policía donde vivimos en México! ¡Jamás! Eso va contra la sensatez.

El estándar de los servicios educativos en Zurich puede ser el equivalente a un colegio privado en México, con el beneficio adicional de que los niños conviven con otros alumnos de infinidad de procedencias.

La visita de un amigo músico de Nueva York me hizo caer en la cuenta de lo valioso que era para mis hijos tener una educación multicultural y multilingüe en un ambiente tan abierto y, al mismo tiempo, siempre bajo el control de los profesores, directivos y hasta del mismo Estado. En su ciudad, mi amigo nunca vio una inclusión social tan sana como aquí, pese a que Nueva York se considera la metrópoli más cosmopolita del mundo.

La primera desventaja de mis niños fue el idioma, o mas bien dicho los idiomas. Después, el no haber hecho aquí la preprimaria, la cual es indispensable para la convivencia y para asimilar las reglas que los alumnos siguen en los salones de clases a lo largo de toda su historia académica.

Ver a los enanos de cuatro años cruzar las avenidas transitadas tanto por autos como por el transporte público, protegidos únicamente

por ese distintivo fosforescente colgado al cuello que parece decir: “Aquí estoy, no me planches”, me hizo más de una vez frenar mi impulso de proteger a alguno. Pero no; aquí están en manos de personal de vialidad y toman lecciones sobre cómo moverse solos, al menos de la casa a la escuela y viceversa. Ni para cuándo suceda esto en mi ciudad, donde este entrenamiento es permanente, porque hay que salir bien librado de cualquier embestida automovilística, pues el tope es el mejor amigo del pesero y no hay manera de repetir la lección: una vez cometido el error, no se vive para contarlo.

Esta sociedad de bienestar tan estructurada provee cuanta cosa se pueda uno imaginar. De hecho, creo que eso la vuelve decadente. Por ejemplo, el aumento de las solicitudes de muerte asistida en el país. ¡Sí!: se puede pagar por morir cuando uno lo decida, siempre que se acaten los reglamentos y se cubra el importe correspondiente, que, por cierto, es muy alto.

Esta tasa de suicidios tan alta, este vacío existencial que brinda la holgura económica y el lujo extremo de algunos, es difícil de explicar. Cómo tanta prevención, seguridad y comodidad llevan a actitudes y comportamientos autodestructivos y antisociales.

SALUD

El sistema de salud fue otra sorpresa. Nada de IMSS, ISSSTE o SSA; nada de siglas ni nada de sistema asistencialista o electorero. Los servicios médicos son todos privados y es obligatorio pagarlos para cualquiera que resida en el país, los use o no.

Se tiene la libertad de elegir la empresa y las condiciones de cada servicio, según las circunstancias individuales y familiares. Se puede optar por una cobertura especial, pagando sólo por una enfermedad o servicio que se requiera. Por ejemplo, quienes necesitan atención constante, como un amigo al que le realizaron un trasplante de riñón que esperó años en México y que aquí le dieron muy pronto. No tuvo

problemas con la operación ni la atención especializada, que recibió en todo momento. El pago se cubrió con su franquicia, pagada mensualmente y que había contratado poco tiempo antes.

Sin embargo, prevalece la impresión de que los diagnósticos no son el fuerte de los médicos de acá. He sabido de más de uno que empeoró por acudir a consulta o después de una cirugía.

Una buena noticia es que a pesar de ser la cuna de las farmacéuticas transnacionales más fuertes del mercado, comienzan a abrirse posibilidades a la medicina alternativa. La holística es muy reconocida y aceptada por los pacientes suizos y las empresas que ofrecen servicios médicos.

INTEGRACIÓN

Suiza es la tierra de los bancos, casas de bolsa, relojes, chocolates, navajas y farmacéuticas, con paisajes nevados y una estabilidad imperturbable que garantiza los capitales de todo el que pueda y quiera confiarles sus fondos de, como mínimo, millones de dólares o, mucho mejor, euros.

Cuando llegué, todavía alcancé a recibir un glosario a mi nombre para aprender cómo funciona la ciudad: sistema de transporte, reglas condominales, impuestos, registros, escuelas, reciclado, y una larga lista de etcéteras; todo escrito en español y en un tono amable y orgulloso que más bien ocultaba una advertencia, pues me parecía que decía: “Ahora no puedes caer en omisiones, porque toda la información está en tu idioma y a tu nombre”.

Por principio, eso de reciclar me gustó mucho, ya que en mi ciudad libré una lucha en solitario separando la basura, pero cuando pasaban a recogerla la volvían a revolver y al final de la cadena la aprovechaban los jefes de los gremios de pepenadores para aumentar sus ingresos.

Pagar por tirar la basura me impresionó. Colateralmente, ¡qué manera tan eficaz de obligar a la gente a no consumir alimentos em-

pacados! Para plásticos, latas, papel y cartón hay contenedores y en muchas zonas se hace composta con lo orgánico; así, la única basura proviene de los empaques de alimentos procesados.

Las bolsas del supermercado que se compran a 30 centavos son también de papel. Se usa poco el plástico y la contaminación es casi nula, porque lo que se paga por las bolsas de basura sirve para quemarlas en plantas especiales. Por supuesto, al producirse menos basura, se gasta menos dinero. Tirar basura en la vía pública está penado, y eso se refleja en la limpieza de ríos, lagos, parques y demás. Zurich es una ciudad casi aséptica.

Emigrar es para jóvenes o para quienes huyen de calamidades como la guerra o la pobreza extrema. Pero creo que mientras no esté en juego la vida o la supervivencia, cambiar de país no es un ejercicio recomendable, mucho menos para quienes se encuentran en edad madura. Un factor que ayuda a la adaptabilidad es el coraje propio de la juventud y la inconciencia que le viene aparejada. Sólo así se tiene alguna posibilidad de salir bien librado de las circunstancias que se enfrentan.

Cuando la migración no ha sido forzada por circunstancias fuera de nuestra voluntad, es más sencillo estar abierto a los cambios que trae el migrar. Platicando con amigas de Sri Lanka o del Kurdistán, me he enterado de que están de acuerdo en que llegar a Suiza les salvó la vida, tanto a ellas como a sus familias. Comunidades aglutinadas por sus costumbres y tradiciones se vuelven ejemplos de asimilación, como la vasta comunidad proveniente del Tíbet, que no causa ningún malestar con su discreta presencia.

Entre todos los proyectos casi voluntarios en los que participo, he tenido oportunidad de conocer a mucha gente, principalmente mujeres. He saltado de grupo en grupo sin distinciones de nacionalidad o idioma, pero sin duda el grupo de mujeres más dulce y con un aire de mi tierra son las procedentes de Sri Lanka. Sus fiestas, vestimenta, actitud ante la vida y hasta ciertos rasgos físicos me recuerdan grupos de Oaxaca, Guerrero o Chiapas. Me encanta su comida de gusto picante, el hablar sonriendo y buscar cualquier pretexto para celebrar.

Las hermosas africanas de vestimenta tan deslumbrante tienen en Zurich un grupo bastante compacto de refugiados somalíes. Su dignidad y discreción me conmueven. Las turcas son tan disímolas que no se pueden generalizar ni siquiera por un rasgo de carácter o de trato social. Son enérgicas, voluntariosas y resueltas, mas tengo la impresión de que sacan fuerzas de flaqueza. Parecen ser rocas que aguantan las tormentas y las mareas, pero sólo disimulan su vulnerabilidad. Las albanesas se distinguen por su belleza y su inteligencia, pero sufren el estigma social lamentablemente bien ganado por los hombres de su comunidad.

He conocido mujeres árabes encantadoras, que además de su belleza exótica, al menos para mí, son las más afectadas por los prejuicios sociales. El uso de la burka por convicción las vuelve objeto de rechazo del sector femenino de la población suiza. Las juzgan débiles, fanáticas o, por lo menos, abnegadas. Debido a su vestimenta llaman la atención, pero la mayoría de quienes las observan no piensan en que, para ellas, el atuendo también es un rasgo de identidad y pertenencia.

Obviamente, este país concede la libertad de culto, siempre que no se quiera construir nuevas mezquitas. Hay un miedo o rechazo infundado a los inmigrantes árabes desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, y las principales víctimas son las mujeres.

Sorprendentemente, existe una comunidad china bastante numerosa, proveniente tanto de la China continental como de Taiwán. La inteligencia y tesón para completar sus tareas es muy suyo. Son al menos trilingües y acumulan idiomas y conocimientos de manera casi mecánica. Pugnán por conservar su lengua materna, el mandarín, y las familias con niños pequeños tienen sus propios centros culturales.

Después de las brasileñas, las tailandesas son las mujeres más elegidas como esposas por algunos suizos. De hecho, según las estadísticas, 30% de los matrimonios son binacionales. Lamentablemente, hay una red de tráfico de personas procedentes de Tailandia que se

acaba de descubrir y que no ha dejado de operar su trata de niños, adolescentes y mujeres muy jóvenes que viven como esclavas sexuales o que por lo menos se dice que están mezcladas en actividades de prostitución, un importante regulador en un espacio donde se percibe gran contención social.

Las labores como mediadora intercultural me llevaron una vez a conversar con una buena amiga española que quería trazar el perfil de la migración femenina latinoamericana. Su hipótesis era que la mayoría de esas mujeres estaban casadas legalmente y provenían de estratos sociales bajos y sin educación. Me di a la tarea de hacer una pequeña encuesta entre las latinoamericanas que conocía, a las que les planteaba las tres preguntas. Las dos primeras resultaron ciertas, mas no la última, ¡qué sorpresa tan agradable! Más de 80% de nuestras mujeres había cursado estudios superiores y desde antes de emigrar hablaban o al menos entendían otro idioma además del español.

Como buena representante de la madre patria, mi amiga no podía creer que la inmigración femenina del tercer mundo tuviera un perfil alto, en comparación con el promedio que se había visto hasta fines del año 2000. Cambia, todo cambia, diría Meche *la Osa*.

El punto de encuentro de mujeres inmigrantes, donde colaboro, me ha dado la oportunidad de comparar mi impresión de la sociedad suiza con la de mujeres de otras latitudes. Todas coinciden en que es acertada esa imagen de la amistad con los suizos como la cáscara de coco: es muy difícil penetrar, romper la coraza; pero una vez que se abre, la amistad es como el agua de coco: dulce y fluida.

Agradezco infinitamente a quien corresponda tener una red de conocidas de todos colores y sabores, en la que las suizas son amigas solidarias, entregadas y comprensivas a toda prueba. Con su amistad me han ayudado a formar casi una familia aquí.

Los siguientes relatos tienen como punto de partida estos seres que conviven en una ciudad multicultural, multilingüe y multicolor. Aquí están mencionadas con profundo amor y respeto mujeres que me han

brindado con su confianza y experiencia de vida, una óptica diversa en esta tierra tan diferente y a veces cruel, que nos da cobijo. Son relatos de humanidad profunda, con un sentido positivo que intenta dar la batalla con valentía y tomarse la vida como vengá; es más, sonriéndole, aunque coloque ganchos en el hígado.

AMOR A LA EUROPEA

Como rompiendo plaza entra Carmina al Bar-bazul, con el fuego de mujer madura de cuatro décadas. Su vestido rojo es de escote generoso y los hombros tersos asoman entre la coqueta manga apenas unida por unos hilos delgados. Su elegante falda ondea a su paso seguro, pese a las altas zapatillas, y muestra al paso sus piernas largas, firmes, morenas y bien torneadas debido al ejercicio de todos los días marcado con ritmos caribeños que alterna con compañeros diferentes mientras barre, limpia pisos, ventanas, cocina o tiende camas.

Busca con la mirada, de lado a lado. Casi al fondo del bar –con una veintena de mesas y la mitad de los parroquianos– encuentra su objetivo: Bernard, cincuentón rubio y algo calvo que se acomoda los lentes y levanta la mano para hacerse visible en la semioscuridad del lugar. Carmina se aproxima sonriendo de oreja a oreja con un brillo de alegría en los ojos color aceituna.

Se saludan según las costumbres de la región con tres besos en las mejillas. Carmina se sienta y coloca en una silla cercana su bolsa de mano más otra de plástico que contiene un regalo. El papel brillante y oscuro hace notorio el listón de seda fina que lo ata.

Como en todas sus celebraciones, se reúnen a tomar una copa en ese popular sitio de la llamada zona roja de la ciudad, allí abundan los bares de todas las formas, decoraciones y propósitos.

Los distribuidores de drogas al menudeo se codean con jóvenes estudiantes, amas de casa camino de preparar la cena, prostitutas para todos los gustos y drogadictos cuyo estado físico obliga a los transeúntes a cambiarse de banqueta.

Carmina pide una cerveza importada de su país. Siempre es más cara que la normal, pero, total, ¡hoy están de fiesta! Los dos cenaron en su respectiva casa antes de la cita. Es muy caro comer fuera y aquí no es costumbre la caballerosidad del tercer mundo según la cual la mujer es invitada, lucida y paseada por quien la pretende.

Bernard toma pausadamente una copa de vino tinto cualquiera, casi siempre con una copa basta para la charla que sostienen cerca de cuarenta minutos. Al terminar, se van del sitio para gozarse en la intimidad del departamento de él.

En los tres años de la relación, han mantenido la rutina de los encuentros de cada fin de semana, siempre en la casa de él, y apenas alterados por ocasiones especiales.

Carmina es latinoamericana, viuda, indocumentada. Trabaja cuidando a los niños de su hermana con gran amor y ternura. Ellos son depositarios de todas sus ansias maternas. Reciben las caricias y cariños que quisiera poder darle a sus hijos, a los que su madre atiende en su tierra natal.

Bernard nunca se casó, debido principalmente a que el compromiso requería erogar al menos la mitad de su salario para sostener a una pareja. Es trabajador en una fábrica que ensambla partes para barcos de carga. Está a la espera de su jubilación y anhela un futuro con una vida sin tener que trabajar. Quiere vivir de su pensión y nada más. Encontrar a Carmina fue un maravilloso regalo del azar. Una mujer que está sola, tiene dónde vivir, cubre sus gastos y le brinda su amor incondicional y sin exigencia alguna, ¡fue como sacarse la lotería!

Ella, por su parte, no pierde la esperanza de que Bernard le pida que se casen y se acabe así la situación incierta en la que se encuentra. Sueña con una vida juntos en la que pueda alcanzar una felicidad modesta, estable y de mutuo apoyo hasta la vejez. Su moneda de cambio es el amor y la comprensión.

Para él la relación es perfecta como está. No tiene la más mínima intención de cambiarla, a pesar de que a veces se conduce de la vida dura de Carmina y se solidariza con ella... moralmente, claro. En su

plan de vida no está el matrimonio y menos ha pensado en tener hijos ¡Eso cuesta mucho!

Carmina extiende la mano, toma la bolsa de plástico y emocionada le mira a los ojos:

—¡Feliz cumpleaños!

Él toma el regalo y, con alguna displicencia, lo agradece mientras sofoca el deseo que le provoca esa sensual mujer. Destroza el papel, arranca el moño de seda fina y descubre un mullido suéter de color verde oscuro, tejido a mano delicadamente por ella. De inmediato replica:

—Quedamos en intercambiar regalos de cumpleaños de mínimo cincuenta francos, ¿no?

Carmina, desconcertada, contesta:

—Sí, pero, ¿no te gusta? Te lo tejí apenas en tres semanas.

—Sí, pero no sé si vale lo que acordamos.

Acto seguido, mete el suéter a la bolsa de plástico, pateo el papel y el moño deshecho. Pide la cuenta de su copa de vino y le hace señas a Carmina para que salgan del bar para ir a su casa.

Ella contiene el llanto y obedece dócilmente. Paga su cerveza y con pasos menos airoso sale desconcertada del Bar-bazul, siguiendo a Bernard un poco más atrás.

ELLOS LAS PREFIEREN...

Un estudio publicado el año pasado en un semanario nacional muy conocido aborda el tema de las parejas binacionales. Destacan cosas muy curiosas: debido a un estándar de vida con altos satisfactores en una sociedad predominantemente individualista, a la carestía de la vida y al hecho de que el fracaso matrimonial y posterior divorcio deja deudas sobre todo a los hombres, el matrimonio está casi en desuso.

Las suizas plantean grandes exigencias para un compañero. Su príncipe azul tiene un perfil que no corresponde al suizo promedio. Están más interesadas en su desarrollo profesional que en el matrimonio. Les atrae vivir en pareja en una relación igualitaria en la que el compañero sea lo suficientemente moderno como para compartir los deberes domésticos y solidarizarse con los imperativos de la vida profesional de su compañera. Nada de sujeción, abnegación o papeles sociales propios del siglo XIX.

En el estudio se cita que treinta por ciento de los hombres busca una media naranja con las cualidades que valoran y que en su mercado nacional se han vuelto anacrónicas. ¿Dónde se encuentran esas joyas en extinción? ¡Pues en el mal llamado tercer mundo!

¿DÓNDE ME CONSIGO UNA COMO ÉSA?

Los viernes, después de trabajar, grupos de oficinistas, sobre todo del área de finanzas, se reúnen en un salón ubicado en una calle céntrica con un ambiente muy chic. Es un loft con muebles de diseñador y música ambiental *ad hoc* para permitir a los asistentes charlar y disfrutar de excelentes tragos. Ahí platicaban animadamente dos hombres jóvenes, aguardando la llegada de un tercero.

Peter y Joseph ven entrar al lugar a Lucca acompañado de una escultural mulata de extraordinarios ojos azules, cabellera larga, rojiza y ondulada que cae a media espalda. Tendrá unos 25 años a lo sumo y sonrío en todas direcciones con ese gesto de inocencia de la niña que se sabe observada y admirada por los que la rodean.

Los tres laboran en una empresa aseguradora transnacional de las que abundan en la ciudad. Disfrutan de un éxito profesional y financiero envidiable, ninguno pasa de los 35 años y se conocen desde la época en que estudiaban Ciencias Económicas en St. Gallen. Son confidentes mutuos de historias y relaciones fallidas, intensas o intrascendentes.

Después de una breve charla en una mezcla de *espanglish*, Connie (Concepción, en realidad) se excusa y busca el *toilette* con la mirada. Lucca la conduce hasta la entrada del sanitario y los otros siguen con la mirada la espectacular manera de llenar esos jeans con muslos firmes y glúteos que amenazar con salirse de su lugar.

—Was ist los mit dir! ¿Qué pasa? ¿De dónde sacaste a esa chica? —inquieren ambos. Lucca se pone cómodo en el sofá del lugar y sin poder ocultar su satisfacción, comienza a platicar.

En su último viaje a Sudamérica, la empresa le encomendó la misión de encarrilar las actividades de su nueva sucursal que debería

funcionar como central de operaciones en esa región del continente. En esas estaba, cuando entre el personal que tenía que capacitar, todos prometedores profesionistas del área de seguros, se encontró a Connie. Salieron algunas veces mientras él estuvo en la ciudad y ahora ella estaba probando si su relación podría funcionar en Suiza y también aprovechaba para aprender más de la empresa en sus oficinas centrales.

Comentó muy sobrado que no sólo era bella, como lo habían comprobado, sino que además era una profesionista inteligente y una mujer hogareña y cariñosa. Disfrutaba llevando a cabo la doble jornada de la mujer moderna. Se sentía orgullosa de ser “tan independiente”, de pagar la mitad de sus gastos y hacerse cargo de los quehaceres domésticos: limpiar, lavar, planchar y cocinar sin queja, más bien satisfecha de ser capaz de hacerlo.

Consciente de la envidia que su conquista provocaba en sus amigos, Lucca dio detalle y medio de cuán feliz estaba de haber encontrado a una mujer a la medida, con los atributos de una compañera de esta época, más las virtudes de las mujeres de antes.

No había punto de comparación con otras relaciones con europeas que siempre terminaban en pleitos por todo. Eran relaciones de poder en todos los ámbitos: desde la casa hasta la cama, y comenzaban a mostrar sus diferencias con detalles como, por ejemplo la incapacidad de ponerse de acuerdo sobre quién hacía las compras para cenar juntos.

Detestaban ese estilo de vestir y de comportarse tan igual a los hombres. Competitivas, directas, casi sin maquillaje; zapatos cómodos y cuidado personal limitado. Lo que algunas mujeres en México conocemos como andar “fodonga”.

Connie era muy cuidadosa con su apariencia. Su belleza, femineidad y coquetería la convertían en un estuche de monerías con presentación inmejorable.

La charla sobre el tema estaba por terminar debido al regreso inminente de Connie después de un retoque de veinte minutos en el baño. Casi al unísono preguntaron:

—Y ¿cómo la convenciste de venir?

Lucca contestó que hubo la posibilidad de una trasferencia de plaza para capacitarla por algunos meses y mientras aprovecharían para probar si su relación funcionaba o no. Joseph dijo:

—Dime, ¿cómo me consigo una igual?.

NEGRA CONSENTIDA

Estela llegó a Suiza como muchas de nosotras, enamorada de un hombre joven que la deslumbró con su carácter alegre, abierto, tolerante y con una claridad y actitud ante la vida inmejorables. Se conocieron en la isla cuando él fue a realizar estudios de etnología musical al lugar donde ella trabajaba como bailarina.

Después de cientos de peripecias, arribó a Europa confiada en su amor, llena de ilusiones y en busca de la felicidad. Quería cambiar su realidad, que le auguraba un futuro gris en la isla.

El primer choque fue constatar el cambio de carácter que experimentó su compañero, al grado de que parecía una persona en la isla y otra en la montaña. Soslayó sus malos pensamientos y con toda su alma se empeñó en aprender la lengua y apoyar el naciente negocio de la academia de baile de su marido.

Negra piel con una boca sonriente de media luna, semejante a una rebanada de sandía. Cabello crespo, indomable y voluminoso. Su cara pudo muy bien inspirar a Bola de Nieve es su clásica “Duerme Negrito”. Rasgos infantiles de ojos abiertos de par en par que alegraban con el aleteo de sus tupidas pestañas y sus cejas arqueadas y pobladas. El mentón delicado y una naricilla respingona perdida entre su boca alegre y sus enormes ojos oscuros.

Bailarina de profesión, contaba cómo falló en su intento de formar parte de las filas del “Tropicana” debido a su físico; es decir, al estereotipo nada isleño de mujeres blancas, altas y esbeltas que poco tenían que ver con su cuerpo escultural de 1.55 metros de estatura.

Dejar el mar por la montaña, el sol por la nieve, cambiar la música por la productividad y el ser por el tener templa a cualquier

persona, y a una como ella –ser de espíritu sublime y delicado– la trastocó de raíz.

Llama la atención el esfuerzo que ponen los europeos en adquirir habilidades dancísticas en un terreno que les ha sido negado: el ritmo. Meses, años incluso de entrenamiento testarudo para aprender a bailar siempre delata en la pista que los gobierna la técnica y adolecen del ritmo natural.

Estela dedicó los primeros tres años de su estancia en Zurich a enseñar ritmos de la isla en el negocio que hábilmente administraba su esposo. No pocos se vieron beneficiados por sus conocimientos, pero cualquiera se cansa de sembrar pasión donde sólo se puede cosechar técnica.

Llegó a contar jornadas de doce horas de clases de salsa, tanto en el club de danza como en casas privadas, salones de baile o a donde fuera necesario, inclusive durante los días festivos. Terminó agotada y con un vacío interior que le tiñó de blanco su negra cabellera en la tercera década de vida.

Su tesón quedó manifiesto cuando decidió hacer una carrera en alemán como maestra de aeróbicos. No hay nadie que conozca que no se haya visto obligado a cambiar su profesión, pasión u oficio al migrar, todo en aras de adaptarse. Pero ejemplos tan dolorosos como Estela conmueven al observar cómo la alegría y la fuerza vital se marchitan en la lucha por sobrevivir en un mundo que exige como cuota de admisión ser lo que la sociedad quiere que seamos para que funcione.

Estela ya no baila, ya no enseña a bailar. Sólo entrena en un gimnasio a personas que admiran su apariencia de atleta olímpica, su don de gentes y esa sonrisa ahora ensombrecida que ya no es más que una mueca de las carcajadas que retumbaron alguna vez en las calles de La Habana Vieja.

SE SOLICITA...

Silvia arrancó del tablón de anuncios un pequeño trozo de papel que volaba con el aire acondicionado en el área de cajas de aquel centro comercial. Por fin alguien buscaba ayuda doméstica dos veces por semana cuatro horas seguidas. Su cabeza hiló cálculos: 25 francos por hora más transporte, eso le ayudaría a paliar la crisis financiera en que la dejó su primera deportación.

Con suerte y hasta lograría enviar algo de dinero para levantar los muros del terreno que compró en el pueblo de su madre cerca de Cochabamba. Lo del techo podría esperar unos meses. Lo más importante era ponerle barda para que no se lo invadieran.

De repente volvió a la realidad: “Bueno, cómo voy a comunicarme con esas personas si no sé alemán”. Barajó mentalmente su bagaje lingüístico y escribió, más bien describió, como sonaban articuladas algunas frases que escuchó de personas conocidas. Esas conocidas amafiadas que eran expertas en subarrendar sus plazas de trabajo durante sus visitas obligadas a su tierra natal. Vaya desagradable sorpresa enterarse de que entre la comunidad boliviana era práctica común cobrar a veces hasta la mitad del salario ganado por limpiar casas. Esas “conocidas”, que para no perder clientes, ofrecían una suplente de confianza. Así conseguían doble ganancia: la mitad de su salario sin trabajar y la garantía de no perder su trabajo al regresar de su viaje familiar. Bien por ellas; pero ese abuso de las suplentes me pareció una nueva forma de esclavitud en la era de la globalización.

Silvia acomodó su recia y lacia cabellera negra, aguzó la mirada para no equivocarse al marcateje telefónico, recordó muy bien algunos de los detalles en su curso de ventas por teléfono: “Habla con seguri-

dad, proyecta en tu voz confianza y actúa como si tuvieras enfrente a tu interlocutor”. Cumplidas las recomendaciones, marcó el número, tomó aire y articuló los sonidos puestos en su libreta.

Le contestó una voz masculina muy atenta y le dio una cita en una cafetería céntrica, habló lentamente explicándole cómo iría vestido y en qué lugar aguardaría sentado. “No tiene pierde”, se dijo a sí misma entusiasmada.

No cayó en la cuenta de que lo que se hacía normalmente era encontrarse en la casa del cliente para que le explicaran lo que tendría que hacer y cómo. Se sentía demasiado optimista como para notar pequeños detalles.

Mientras se dirigía a su cita, al pasar por la universidad, recordó sus tiempos de estudiante. Su título de Químico Farmacobióloga era historia antigua; no así el tiempo y esfuerzo dedicado largos años para lograrlo.

Sonreía para sus adentros con amargura rememorando sus motivaciones estudiantiles: salir del barrio, ayudar económicamente a su madre, tener su propia farmacia. ¡Que loca! Aunque en su momento esas ilusiones le dieron la fuerza para salir adelante. En su ciudad apenas logró conseguir empleo como asistente de farmacia con un salario que nunca alcanzó siquiera para que comiera toda la familia.

Pasados algunos años y se casó con su novio de estudiante, quien siempre se ahorró el esfuerzo de estudiar y puso todo su tesón en impulsarla para que ella sí fuera profesionalista. Luego nació su único hijo y llegó una racha terrible, no la torta bajo el brazo de la que tanto se habla cuando nace un niño. Su marido perdió el trabajo y ella, ocupada en la crianza, no pudo mantenerse como auxiliar de farmacia.

Cuando el niño tenía cuatro años, lo dejó encargado con su madre y una hermana para emigrar a España, donde una familiar trabajaba limpiando casas. Como pudo, juntó el dinero del viaje. Su esposo acudió a amigos y familiares para pedirles prestado con la promesa de que sería devuelto en la primera oportunidad y se marchó con ella.

Gracias a su apariencia dócil, confiable y modesta, Silvia se colocó fácilmente como empleada de casa de lunes a viernes, “cama adentro”. es decir, pernoctando en el lugar de trabajo. Sábado y domingo vendía comida en parques públicos.

Su esposo dormía donde podía y ganaba algunas monedas cantando en las calles, apenas si alcanzaba para su comida y transporte diario, ni soñar en pagar el préstamo.

Nuevamente sucedió lo inevitable. Él fue detenido y obligado a dejar el país. Silvia había logrado mantenerse estable en su trabajo y había conseguido un permiso de residencia anual. La disyuntiva era quedarse y que él volviera a Bolivia o que ambos salieran a un tercer país. Habían oído que en Ginebra habría posibilidades de emplearse, él en la construcción y ella en casas, así que llegaron a Suiza, a comenzar de nuevo.

Los primeros meses fueron sorprendentemente buenos. Pagaron sus gastos de viaje y mandaron traer a su hijo que ya tenía ocho años. Ella trabajaba jornadas de doce horas entre los transportes y la limpieza de casas. Él seguía cantando en la calle y se fijó horarios para cuidar a su hijo entre entradas y salidas del colegio, donde, por cierto, nadie preguntó su calidad migratoria, sino que sólo fue instalado en los programas de integración que la institución tenía dispuestos.

Uno de esos domingos, cuando el niño estaba en casa con Silvia, llegó un amigo de su esposo a urgirles que dejaran su casa, porque el esposo había sido encontrado cantando en un lugar donde estaba prohibido y fue llevado de inmediato al lugar de tránsito en el aeropuerto. En cuestión de horas sería regresado a su tierra.

Silvia tomó a su pequeño y huyó a Zurich. Apenas llegó, encontró a esas famosas “conocidas” que viendo su necesidad, le subarrendaron plazas de trabajo. Ella, agradecida, no lo juzgó como abuso; más bien, se sentía relativamente protegida entre sus coterráneos.

Pese a que el niño gozaba de más libertad y de educación gratuita, la zozobra de ser ilegales era preocupación diaria de Silvia. Le atemorizaba sobre todo que su hijo se quedara solo si a ella le pasaba algo.

Le atormentaban también las constantes exigencias de su marido pidiéndole dinero, con el argumento de que ella trabajaba y él, allá, en dos años no había conseguido nada. Sin el dinero de ella, ni él ni su madre tenían para comer.

Un día, a eso de las seis de la mañana, sonó el timbre de nuestra casa. Era el hijo de Silvia con la angustia reflejada en el rostro.

—Mi mami no llegó a dormir —dijo, mientras se le dificultaba contener el llanto. Le ofrecimos de desayunar, un cambio de ropa y le propusimos que fuera a la escuela que compartía con mi hijo, dando por hecho la solidaridad y discreción de los profesores que en situaciones así no dejarían de apoyarlo. Entre tanto, podríamos buscar a Silvia y para la tarde, cuando volviera a nuestra casa, sabríamos quizás más de lo que pasaba.

Buscamos en hospitales, cárceles y otros lugares posibles, cual más auguraba lo peor. Pasaron dos días. El pequeño se quedó con nosotros y siguió las instrucciones que su madre le dio: no volver a casa a dormir, sino sólo sacar algunos efectos que estaban muy bien escondidos y nada más él sabía dónde se ocultaban.

A través de un sacerdote de la Misión Católica nos enteramos de que estaba detenida y que cumplía 72 horas reglamentarias de investigación sobre su estado migratorio. Sería deportada a ese término.

Como a las doce del tercer día, Silvia apareció en la escuela para recoger a su hijo, acompañada por una mujer de la policía de migración. Logró hacer válido su antiguo permiso de trabajo y sería deportada con su hijo a España. De los males, el menor.

Los efectos personales eran sus ahorros de cientos de horas de trabajo doméstico. Con eso se ayudó para recomenzar por enésima vez en Madrid. Allá, el niño estuvo muy deprimido y nunca se adaptó a la escuela española, que era mucho más racista que la suiza.

Silvia optó por enviarlo de vuelta a Bolivia y se quedó trabajando sola en la época más difícil de su larga experiencia como migrante. Arriesgándose, volvió a Zurich, donde ya sabía cómo funcionaban las cosas, o, por lo menos, sabía cómo y dónde podía ofrecer sus servicios.

Llegó al café de su cita de trabajo. Ubicó inmediatamente a su posible empleador y saludó con su media lengua.

Él la observó como quien mira en un aparador una mercancía susceptible de adquirir.

Silvia le dijo que era *Latinoamerikanerin*. Él sonrió, complacido. Silvia preguntó como pudo dónde quedaba su casa y él le preguntó al mismo tiempo cuánto cobraba. Ella contestó que 25 francos por hora. Él desconcertado replicó:

—Sicher? Normale weise sind 80, aber, wie so in mein Haus?

Como sacudida por un rayo, entendió que buscaba una mujer, pero no para limpiar. Olvidó la palabra clave: *Putzen!* Asustada, se levantó, tomó su viejo abrigo y salió del lugar sin decir adiós siquiera.

CONOCÍ LO PEOR, VENGO POR LO MEJOR...

Durante unas fabulosas vacaciones en las bellas playas de República Dominicana, Eloísa conoció a quien sería su esposo. Pascal era un rubio treintañero un tanto insípido que quedó prendado de sus espectaculares caderas, que a ritmo de merengue lo subyugaron al grado de olvidarse de que ella era una mujer, a más de humilde, analfabeta.

Por aquel entonces, la vida de Eloísa discurría entre dos estaciones: el trabajo en el campo y el baile. Fue arrancada literalmente de su medio. Dejó todo lo conocido y, engolosinada de curiosidad juvenil, cambió su vida radicalmente. De no tener siquiera qué vestir ni qué comer, de un momento a otro conoció todos los lujos que nadie de su pueblo podría alcanzar.

Una gran ventaja estaba de su lado al emigrar: su actitud positiva y abierta a lo nuevo. Aprendió con no sé qué técnica suizo-alemán y alto alemán desde el nivel de alfabetización, mientras criaba a sus dos pequeños.

Al paso de los años, las diferencias culturales abrieron una brecha imposible de salvar y se divorciaron con un convenio casi ventajoso para ella. Gracias a su inteligencia y sentido común desarrollado en esos años de matrimonio, logró ganar en el divorcio al menos una pensión alimenticia y algo de dinero mensual para sobrevivir .

Sus hijos no saben de su tierra materna casi nada. Los breves períodos vacacionales no fueron suficientes para cautivarles y ahora, en la adolescencia, prefieren ir a otros lugares de paseo. Se sienten más suizos que nadie y, de hecho, evitan hablar español aunque su piel oscura delate su procedencia.

Cuando le pregunté a Eloísa si volvería a Dominicana cuando sus hijos se independizaran, me dijo:

—Para qué volver si nada es lo mismo. Mi madre murió, mis amigos me olvidaron, el calor me pone enferma y qué haría allá sin mis hijos. Eso no es una opción.

Su juventud pasó como una ráfaga mientras se empeñaba en ser lo que el esposo y Suiza querían. Ahora, ya madura, está consciente de que llegar aquí a la edad que tenía le permitió concentrarse exclusivamente en la lucha diaria, la familia, y nada o casi nada dedicó para sí misma. ¿Qué le quedará cuando sus hijos se marchen?

¡NOS EQUIVOCAMOS DE PAÍS!

Si hay algo que invariablemente se extraña, además del buen clima, es la vida social a la que estamos acostumbradas las latinoamericanas. Inclusive españolas e italianas dicen que también lo padecen. Toda la vida rechacé ese dispendio común de nuestros festejos: echar la casa por la ventana un día, aunque al siguiente no haya ni para comer.

Dice un refrán: “Hay que vivir como se debe, aunque se deba lo que se tenga”. Siempre contraria y en desacuerdo, evité lo más posible participar de compadrazgos, invitaciones y todas esas prácticas dirigidas a estrechar lazos entre amigos a través de festejos exagerados y con duración mínima de dos días. Cuando no había manera de evitarlo, fui, cuidando siempre mi bocota de cualquier comentario ácido y desagradable.

Ser espontánea y demostrar tan seguido como se pudiera mi afecto a mis amigos, familiares y compañeros de trabajo era mi filosofía, sin que la fecha tuviera más que el significado que yo quería darle. Nunca hice el caldo gordo a los vendedores de productos de ocasión.

Sin embargo, ahora extraño esas fiestas cursis y derrochadoras que me perdí. Me hace falta el caos y la anarquía de esos festejos tan intensos. Tal es el grado de la nostalgia que el último 15 de septiembre organicé con un buen grupo de amigos la ceremonia del Grito de Independencia. La ventaja es que ahora podemos hacerlo como mejor nos parezca, sin ningún protocolo. Fue una deliciosa ceremonia *sui generis*.

ELLAS BAILAN SOLAS

Toqué la puerta de un edificio cuyo único rótulo con apellido en español me aseguró que había llegado al lugar correcto. ¡Qué bueno, porque el frío estaba canijo!

Me abrió la puerta mi querida amiga Leni y me recibió acompañada de un aroma a sancocho y cerveza con fondo musical de son cubano.

Acordamos reunirnos entre el 14 de febrero, Día del Amor y la Amistad y el 8 de marzo, Día de la Mujer, para matar dos pájaros de un tiro. También organizamos un intercambio de regalos con la táctica de la amiga secreta; es decir, no sabríamos a quién sería destinado nuestro obsequio. Por influencia suiza pusimos ciertas reglas: el monto y que podía ser cualquier objeto para uso personal, nuevo y de preferencia con cierta utilidad.

Era una reunión muy curiosa con mezcla de costumbres relajadas y espontáneas, combinada con los rasgos de la formalidad suiza: a qué hora comenzaba, a qué hora terminaba; con los gastos de la comida divididos por partes iguales entre las asistentes, etcétera.

Guatemaltecas, colombianas, dominicanas, argentinas, peruanas, bolivianas y mexicanas nos dimos cita en el departamento de Damiana, arriesgándonos a ser amonestadas por los vecinos debido al ruido, que para nosotros no era tal, sino buena música, risas y bromas en un ambiente de euforia.

Mientras comenzábamos a comer las delicias preparadas por nuestra anfitriona de la República Dominicana, tomando un prosseco charlamos sobre cómo llegamos acá.

Todas las historias eran parecidas: todas casadas con suizos, con hijos aquí y el resto de la familia allá. Las penurias de unas eran las mismas que de las otras.

Recuerdo los comentarios respecto al clima. Una dijo que le costó mucho trabajo dejar de salir bien arreglada y con zapatos de tacón en invierno y que sólo dejó de hacerlo después de una estrepitosa caída provocada al resbalsearse con el hielo.

Otra decía que llegó al país con su ropa escotada, llamativa y coqueta y tardó años en darse cuenta de que la confundían con prostituta en la calle. Otra más describió muy tiernamente lo difícil que es encontrar en invierno ropa apropiada en colores vivos. ¡Todo está medio muerto...! Hasta la gente lo parece en esa temporada.

Escuchando a José José se agudizó la nostalgia. Una escultural negra dijo que lo que más extrañaba era encontrar una buena pareja para bailar; que había desistido de ir a centros nocturnos, ya que era patente que los hombres se dedicaban a fichar, a cobrar para bailar.

Otra agregó que lo único que no había logrado era hacer que su esposo aprendiera a bailar, a pesar de haber pasado tanto tiempo juntos. Quizá, dijo, también tenía que ver con el paso de tiempo: ya no se sentía lo suficientemente atractiva para que alguien la invitara a bailar.

Todas reaccionamos al unísono:

—¡No, no es eso!—. Aquí la gente no sabe disfrutar el ritmo ni aprovechar la cercanía que permite el baile. El goce de la vida que no cuesta nada viene con alegría y sonrisas, con compartir el pan y la sal si la hay. A eso estamos acostumbradas y lo demás es reprogramación social debida a la inmigración.

No recuerdo cuándo fue la última vez que bailé sólo con mujeres, pero en esa ocasión, de un momento a otro se desató el baile. Cuántos ritmos llenaron la improvisada pista, de hecho, la sala de la casa. Bailamos todas improvisando movimientos, enseñando pasos y haciendo del momento algo para recordar.

Exorcizamos la nostalgia, los malos pensamientos y el frío. Ese presente fue acaso una fiesta a la orilla del mar para unas, un baile de quince años para otras o una fiesta en la casa familiar. En fin, una bacanal de canto y rito devoto a la alegría.

Todas bailamos, no solas, sino acompañadas con todas las demás, hasta que el cuerpo no pudo más, cuando nos percatamos de que estaba a punto de pasar el último tren.

Volvimos a casa con pies hinchados, gargantas adoloridas de tanto reír y el espíritu desbordante de alegría. El invierno no alcanzó a congelar el alma, al menos no por esa noche.

Ángeles Suárez del Solar

coordinó y cuidó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en enero de 2010

Diseño de portada y diseño gráfico editorial

Retorno Tassier, S.A. de C.V.

Río Churubusco 353-1

Col. General Anaya

03340 México, D.F.

Formación

Quinta del Agua Ediciones, S.A. de C.V.

Aniceto Ortega 822, Col. del Valle

03100 México, D.F.

55 75 51 71

Impreso por

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Dirección 1

Dirección 2

Dirección 3

En la composición se utilizaron tipos

Baskerville en tamaños

9 a 24 puntos

Editado por

DEMAC